Capítulo 1: La isla que alquiló el futuro

Por qué la tecnología más poderosa de nuestro tiempo lleva el sello de un paraíso caribeño y cómo nació la idea de crear la Denominación de Origen .ia

La primera vez que me hice la pregunta, pensé que la respuesta sería obvia.

Cada día abrimos decenas de páginas web, aplicaciones médicas, asistentes financieros, herramientas educativas o servicios de noticias que terminan en las mismas dos letras: .ai. Damos por hecho que ese sufijo significa Artificial Intelligence. Asumimos, casi sin pensarlo, que detrás de esas dos letras hay algún tipo de registro tecnológico internacional, alguna institución que verifica que aquello que estamos usando es realmente inteligencia artificial y que cumple unas reglas mínimas de seguridad.

Pero no hay nada de eso.

En 1995, cuando se repartieron los códigos geográficos de Internet, a cada territorio del planeta se le asignaron dos letras: .es para España, .fr para Francia, .de para Alemania. A Anguila, un pequeño territorio británico de ultramar situado en el Caribe, de apenas noventa kilómetros cuadrados y quince mil habitantes, le tocó por azar el código .ai.

Durante casi treinta años, ese dominio apenas interesó a nadie fuera de aquella isla famosa por sus playas de coral y su régimen fiscal libre de impuestos. Hasta que estalló la fiebre de la inteligencia artificial. De la noche a la mañana, miles de empresas, laboratorios y especuladores de todo el planeta empezaron a pagar millones de dólares por alquilar direcciones terminadas en .ai únicamente porque, en inglés, coincidían con las siglas de moda.

Hoy, una parte gigantesca de la nueva economía digital opera bajo el pabellón de una isla caribeña que cobra un peaje millonario por cada registro, pero que no exige ni una sola garantía a quien compra el dominio. Da igual si detrás de una web .ai hay un equipo científico legítimo, un sistema que comercia en secreto con los datos médicos de tus hijos o una estafa automatizada incapaz de rendir cuentas ante ningún juez europeo. Mientras pagues la cuota anual, llevas la misma etiqueta en la puerta.

Lo que aprendimos hace siglos en una mesa cualquiera

Cuando descubrí cómo funcionaba realmente aquel mercado, pensé en algo mucho más cercano y cotidiano.

En Europa llevamos generaciones protegiendo aquello que entra en nuestra casa. Cuando compras una botella de aceite de oliva, un vino o un queso con Denominación de Origen, no necesitas ser ingeniero agrónomo ni analizar el producto en un laboratorio antes de dárselo a tu familia. Ese sello en la etiqueta te dice tres cosas de forma inmediata:

1. Tiene una calidad intrínseca demostrada, fruto de unas normas claras de elaboración.
2. Existe trazabilidad, desde el origen hasta tus manos.
3. Hay alguien responsable, sometido a inspecciones reales y a nuestras leyes, que pierde el sello si engaña al consumidor.

Imagina por un momento un supermercado donde cualquier fabricante del mundo pudiera estampar las palabras «Denominación de Origen» en un envase simplemente por pagar cincuenta dólares a una oficina en el Caribe, sin pasar un solo control sanitario. Nos parecería intolerable.

Sin embargo, eso es exactamente lo que estamos permitiendo con la tecnología que ya redacta contratos, filtra currículums, diagnostica enfermedades, educa a nuestros adolescentes y moldea la opinión pública. Hemos llenado Internet de botellas sin control sanitario y hemos dejado que se disfracen con el apellido de una isla tropical.

Dos letras que nos pertenecen: .ia

Fue entonces cuando reparé en una segunda anomalía, aún más llamativa si cabe.

Más de seiscientos millones de personas en el mundo —y cientos de millones de ciudadanos dentro de la Unión Europea— hablamos lenguas donde esta tecnología ni siquiera se abrevia AI. En español, francés, italiano, portugués o rumano, decimos Inteligencia Artificial (IA).

Busqué el dominio .ia en el mapa oficial de Internet. No pertenecía a ningún país. No estaba alquilado a ningún paraíso fiscal. Estaba vacío, en un limbo técnico, esperando a que alguien planteara para qué debía existir.

Y ahí nació la idea que ya no me dejó dormir tranquilo:

¿Y si, en lugar de usar .ia para vender direcciones web al mejor postor, la Unión Europea reclamara y creara el dominio .ia como la primera Denominación de Origen digital del mundo?

Un espacio en Internet donde llevar la extensión .ia no fuera una cuestión de talonario, sino un sello de calidad intrínseca: la garantía inmediata para cualquier ciudadano de que ese servicio cumple con estándares reales de transparencia, respeta la privacidad humana, identifica con honestidad cuándo interactúas con una máquina y responde legalmente en territorio europeo.

De la idea en un papel a las puertas de Estrasburgo

Podría haberme limitado a escribir un artículo sobre esto, publicarlo en redes sociales, recibir unas cuantas palmadas en la espalda y ver cómo la idea se olvidaba en cuarenta y ocho horas.

Pero en los tratados de la Unión Europea existe una herramienta que muy poca gente conoce y que todavía menos gente se atreve a activar: la Iniciativa Ciudadana Europea (ICE). No es una recogida de firmas simbólica en una web privada. Es un mecanismo legislativo oficial: si un grupo de ciudadanos de al menos siete países logra que la Comisión Europea admita a trámite su propuesta y reúne un millón de firmas verificadas con documento de identidad, el Gobierno de Europa está obligado por ley a responder y a abrir la vía parlamentaria.

Me dijeron que era prácticamente imposible que la Comisión Europea registrara una propuesta así viniendo de ciudadanos de a pie, sin un partido político, sin un grupo de presión en Bruselas y sin grandes corporaciones detrás.

Se equivocaban.

El 6 de octubre de 2026, reunido en Estrasburgo, el Colegio de Comisarios de la Unión Europea aprobó formalmente la Decisión C(2026) 7098 final, registrando nuestra iniciativa bajo el código oficial ECI(2026)000012 y habilitando la urna electrónica donde se decidirá si el dominio .ia se convierte en ley europea.

Este relato, que iré publicando capítulo a capítulo en odisea.deft.work, es la historia real de cómo llegamos hasta aquí, de cómo una Denominación de Origen .ia puede cambiar nuestra vida cotidiana y de cómo vamos a conseguir juntos ese

millón de firmas.

En el próximo capítulo te contaré por qué todo este viaje empezó mirando hacia un barco hundido hace dos mil años en el mar Egeo, y cómo siete desconocidos de siete países distintos nos unimos para girar la primera llave de Bruselas.